María Teresa Rodríguez de Castro

El fuego y la púrpura

LHG

hespérides

El fuego y la púrpura

COLECCIÓN

Las Hespérides

M.ª TERESA RODRÍGUEZ DE CASTRO

El fuego y la púrpura

La Huerta Grande

ESLES DE CAYÓN
2024

© De los textos: M.ª Teresa Rodríguez de Castro

Madrid, noviembre 2024
Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-61-0
DL: M-13852-2024

Diseño de cubierta: La Huerta Grande
Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2, 28108 Alcobendas, Madrid
Impreso en España/*Printed in Spain*
Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

A mi madre, María Teresa Fernández de Bobadilla,
gracias por todo el amor que nos diste, y por haber sido
el mejor ejemplo de vida.

1
Pescadores de Múrices

Las cartaginesas miramos al mar con la nostalgia de quienes anhelan el abrazo de los dioses. Es un deseo que no puede satisfacerse. Los dioses otorgan sus favores de forma artera, alejada de nuestro arbitrio. Pueden tocarte con su vara o retirar su afecto. Y a nosotras nos desposeyeron del sueño de navegar. Dicen las leyendas y las historias de nuestros ancestros que las mujeres traemos mal fario. Por eso no nos permiten hacerlo. Nadie osaría pisar un barco al que se haya subido una hembra. Un oráculo predijo que una mujer surcaría el «Mar situado entre dos tierras», el que separa Cartago de Hispania, y que éste sería el avance de la destrucción de nuestro pueblo. Que el agua traería el fuego.

Yo quería ser esa mujer. No es que quisiera la destrucción de los míos. Quería aprender los códigos del mar. Descifrar su lenguaje. Dejarme arrastrar por las corrientes marinas. Observar la dirección y el juego de los vientos. Clasificar los colores de las aguas. Como hicieron nuestros antepasados fenicios. Quería navegar. Y lo hice. No es la única prohibición que me he saltado. Ni la última que quebrantaré.

La historia que voy a contaros, en realidad, contiene muchas. Comenzó a escribirse en medio de una lucha entre dos pueblos por la supremacía del Mediterráneo. Presenta un relato oculto, un desafío, y una infamia. Hay una razón por la que he escogido empezar a narrarla precisamente en estos momentos, en una

ciudad sitiada, con el famoso general romano Publio Cornelio Escipión amenazando lo que tanto nos ha costado construir a las mujeres y los ancianos de Akra Leuké. Los motivos que me empujan a hacerlo los iréis descubriendo a medida que la despliegue ante vosotros. Esta historia os la cuento desde Hispania, pero en realidad comenzó en Cartago, hace una eternidad. O a mí me lo parece… Comienza con una muchacha obstinada, una pequeña de diez años que llevaba marcado a fuego el signo de quienes abren mundos nuevos.

—Tanite, ya estás de nuevo con la cabeza en otra parte. Es como si vivieses en una nube. ¡Despierta de una vez! Busca a Adama para que te vista.

Así comenzaba la lucha diaria con mi madre. Lo que yo hacía nunca era suficiente para ella. Mi mundo estaba muy alejado del suyo. Esa mujer de porte elegante, tez blanquecina y cuello fino y delicado como las telas tejidas por Aracne me reprendía a diario para que abandonara lo que ella consideraba ensoñaciones inútiles, indignas de mi posición.

Se esperaba mucho de la hija de Abdel-Melqart. Nuestra casa era una de las más acaudaladas de Cartago, y ese día se preparaba para recibir una visita importante.

—No puedes presentarte así, tan descuidada, ante Hetbal. Ya sabes que tu padre le tiene en mucha estima. Es un hombre poderoso. Es uno de los escogidos, del Consejo de los Cien— insistía ella.

Los Cien. Estaba cansada de oír ese nombre. Mi padre formaba parte de una de las instituciones más prestigiosas de la ciudad. Desaparecía durante horas al recibir su llamada y, a su regreso, se mostraba absorto y distante. El hombre considerado y paciente que tratábamos a diario se convertía en una persona arisca y de rostro tenso. El trato con esos hombres implacables,

encallecidos por las estrategias y la permuta de favores, enardecía su ánimo y le llenaba de desconfianza.

—No me gustan esos Cien. Cada vez que papá va a verlos, le cambia el humor. Se enfada con los esclavos. Deja de contarme las historias que tanto me gustan— dije, con una mueca de disgusto.

La expresión de mi madre se endureció. Una intensa cólera fue agrandando sus ojos, como el antimonio que empleaba para teñir sus párpados.

—¡No digas eso! La autoridad de los Cien no se cuestiona, representan la grandeza de Cartago. Tienes que recibir a Hetbal bien vestida. Le mostrarás el respeto que merece alguien de su condición. ¡A cambiarte!

Aprendí muy pronto que era mejor no discutir con mi madre. A ella le gustaba terminar nuestros desencuentros con una mirada afilada, que no admitía contestación alguna. Poco se podía hacer ante una mujer como ella. Mi padre, sin embargo, parecía divertirse con mis ocurrencias. Su sonrisa crecía lentamente, como el viento que se forma en la colina de Birsa en días inesperados.

Acudí a la estancia de mujeres, donde Adama, mi esclava, me vestiría. Aguardaba ante la puerta, sola, como si anticipase mi llegada, con su melena recogida en la nuca y la barbilla elevada con firmeza. Le conté, con un gesto de profundo disgusto, que la llegada de Hetbal me obligaba a arreglarme. Ella debió notar mi agitación, pero se mantuvo en silencio mientras yo hablaba. Sacó varios vestidos del cofre de madera donde se guardaban mis mejores trajes. Habían sido confeccionados por las mujeres en el telar de la casa.

—Niña, tenemos que buscar un vestido que haga justicia a tu porte.

Me los fue mostrando uno por uno. Se quedó mirándome, como nunca me había mirado. Y comenzó a hablar de nuevo, con la delicadeza de un tejido de seda.

—Tienes el color del desierto marcado en tus facciones—. Me cogió el rostro y me miró—. La geometría de tu rostro es simple y austera. Revela un carácter indomable y sólido a la vez. Tus huesos son finos y firmes, como las columnas del Templo de Eshmún, el gran sanador. Ellos delimitan un recinto sagrado, el recinto de tu cuerpo. Tus dedos, largos como un día de verano, indican la dirección de los sueños. Tú, niña, estás destinada a traer belleza a este mundo. Vas a llenar este mundo de belleza.

Al terminar, agarró con firmeza mis manos. Adama era el pilar más sólido de mi infancia. El día que mi padre la compró había introducido en casa, sin saberlo, la sabiduría de las mujeres del desierto. Nunca supimos bien de dónde venía. Yo la imaginaba creciendo como una princesa en tierras ardientes, curtida en arenas deslumbrantes, y sufriendo las consecuencias de una guerra entre pueblos que la convertiría en esclava. Ese hecho espantoso la habría traído a nosotros, como si de lo más terrible surgiesen a veces regalos inesperados. Siguiendo sus instrucciones, me probé varios vestidos, hasta que di con el adecuado. Su mirada de aprobación me indicó que era la elección perfecta. Había escogido uno de colores vivos, ceñido por el talle, pero ensanchado por debajo. Ahora tocaba enjoyarse. Un collar de cuentas de vidrio y unos pendientes de oro completaron la labor. Por fin llegó el momento de atender a mi cabello. Pero no empleó para hacerlo el peine de marfil que mi madre había introducido en la caja de cedro, sino uno fabricado con hueso que escondía bajo su túnica. Me intrigaba ese gesto que repetía con frecuencia.

—Las niñas deben tener el pelo largo y limpio. Para que puedan tener el pelo limpio, no deben tener un hogar sucio.

Nosotras, las mujeres, cuidamos de este hogar para que tu pelo refulja y puedas cumplir con tu destino —dijo.

Yo la escuchaba, ensimismada. El sonido de su voz me envolvía y me acunaba.

—El volumen de tu pelo trae un juego de luces y sombras que acompañan a tu rostro. Las caras son como platos de bronce, que reflejan el alma de las personas. La tuya es brillante y poderosa. Tu tez oscura revela un alma limpia, cristalina, que luce sobre todo en tus ojos. Tus pupilas tienen el destello de quienes cambian la orientación del mundo- aseguró, con rotundidad.

Se le quebraba la voz al hablar.

—Nadie espera de las mujeres arrojo ni autonomía. Pero creo que tú lograrás labrarte un camino propio. Yo no puedo dejar este hogar, mi destino está atado a él. No puedo decidir sobre mi vida, no soy dueña de ella. Pero tú podrás hacerlo. Será difícil, pero lo conseguirás. Lo leo en las rayas que se dibujan en tu cabello. Se adivina en ellas una vida muy marcada, singular.

Mi corazón, henchido con sus palabras, dictaba sueños a mis sienes. Cuando terminó de acicalarme, volvió a colocar el peine bajo su vestido de lino.

—Tanite, ¿estás lista ya? —Oí gritar a mi madre. Fui corriendo a donde se reclamaba mi presencia.

Estaba situada en la entrada de nuestra casa, donde se recibía a los invitados. Los pliegues de su túnica remarcaban una figura esbelta y de curvas delicadas. El bermellón de sus labios hacía resaltar la blancura de sus dientes. A su lado se encontraban mi padre, con su bastón de marfil, y mis hermanos mayores, Ahirom y Ahinadab. Engalanados, resplandecientes, parecía que tuviesen rescoldos de fuego bajo sus pies. Al verme, los ojos de mis familiares brillaron como la lámpara de aceite de la entrada. Habíamos acertado con el vestido.

No se esperaba de mí que acudiese más que a la recepción, en la que estaría toda la familia. Mi lugar era el de la estancia de mujeres, y allí debía dirigirme tras saludar a los invitados. Los hombres se reunirían a beber vino y comer en una habitación apartada de la nuestra. Les servirían caracoles aderezados con comino, aves en salsa verde, carneros guisados y pasteles de miel. Forjarían alianzas, mientras hablaban del aumento o disminución de tributos y del mando de la ciudad.

Hetbal, por fin, apareció. Su implacable presencia conservaba las huellas de la severidad del desierto. En los dedos de sus manos resaltaba el brillo de unos anillos de oro y plata. Llevaba, como mi padre, una barba larga rodeando su mandíbula. El turbante se presentaba ante nosotros como una imposición, se asemejaba a una enorme torre de vigía dispuesta a observarnos y comprobar que todo estuviese en orden. Las sandalias no mostraban signo de haber caminado durante demasiado tiempo. Supongo que viviría cerca.

Hetbal se dirigió a mi padre y mis hermanos. A mí me miraba de reojo, como si me estuviese considerando para algo. Yo me preguntaba qué podría interesarle de mí. Las miradas de soslayo no son de fiar. Él escuchaba atentamente lo que mi padre y mis hermanos le contaban sobre la marcha de nuestros negocios de comercio. Mi padre era un comerciante muy apreciado en todo Cartago. Había forjado una inmensa fortuna con el trigo, los higos y los dátiles. Y, cosa poco habitual en los mercaderes, había elaborado un tratado de agricultura que era objeto de consulta por muchos agricultores no solamente en Cartago, sino en todo el Norte de África, Egipto y las ciudades helénicas. No sólo le interesaba vender productos, se preocupaba por conocer la tierra y sus frutos. Nuestra casa estaba llena de papiros, que mi padre consultaba con frecuencia. Él se había empeñado en enseñarme a leer y a escribir, y yo le ayudaba a

anotar las reflexiones sobre la naturaleza y sus ciclos, el trabajo en nuestras tierras, los cambios climáticos, o la composición del suelo. Todo lo que afectaba a sus cosechas.

Mi hermano Ahirom empezó a contarle a Hetbal su interés por acudir a Hispania, por viajar a Gadir para conocer el comercio en aquella zona.

—¡Yo te acompañaré, Ahirom! —Le dije, emocionada—. Dicen que Gadir es una ciudad maravillosa, y mi sueño es navegar. Quiero sentir el viento en mi cara mientras se mueve el barco.

—Las mujeres no pueden navegar —dijo Hetbal, indignado.

—Yo lo haré.

Mis palabras estremecieron a mi familia. Los ojos acerados de mi madre, las exclamaciones de mis hermanos y el tenso ademán de mi padre así lo indicaban. Las mejillas de Hetbal se tiñeron de un rojo poderoso. Fue entonces cuando eché a correr, desdeñando las consecuencias que pudiesen tener mis actos.

Salí de casa, en dirección a la playa. Necesitaba ver el mar, que en mi imaginación mostraba el reverso de la luz. Quizás fuese un trozo de cielo rebelado contra los dioses. Las olas que se elevan de cuando en cuando, los días en los que el mar se abrava, son los restos de una batalla, la que libran para participar de la luz que se le niega. Yo paseaba prácticamente a diario cerca del puerto comercial para recoger las tapas de las aberturas de las caracolas. Guardaba en mi bolsa de cuero esas espirales tan fascinantes. Las había marrones, blancas, incluso rojas. Eran como pequeños ojos que me observaban y protegían, que construían un muro entre los adultos que no me comprendían ni me escuchaban, y mis propios sueños y esperanzas. Tenía que acercarme a cogerlas de nuevo.

Comencé a caminar. Detrás de la colina de la Acrópolis, desaparecido bajo una confusión de monumentos, de bosques de

templos, se encontraba el camino de los Mapales, que se alargaba en línea recta. Seguían luego las quintas espaciadas, edificaciones alzadas en medio de jardines. Este barrio, el de Megara, llegaba hasta los cantiles de la costa. Allí se erguía un faro gigantesco, en la cumbre del acantilado, iluminando el cielo con una claridad bermeja.

Tras una larga caminata, llegué a mi destino. Volví a mirar el mar que tanto me fascina. Ese día las aguas descansaban, tranquilas, como si cogiesen fuerzas antes de la siguiente batalla. Las olas color pizarra chapoteaban suavemente, y un viento ligero arrastraba su espuma, tiñéndolas de blanco.

Un ruido detuvo mis pensamientos. Me acerqué a ver lo que sucedía. Un grupo de pescadores terminaban las faenas diarias. Arrastraban desde la playa unos artefactos con forma cónica de un material que no lograba distinguir, que estaban desplegados en red, alineados los unos con los otros. Los artefactos contenían caracolas y peces. Me acerqué a hablar con ellos. El viento soplaba ligeramente, como en un susurro.

—¿Qué es lo que estáis pescando?

Un chico muy joven, prácticamente de mi edad, ayudaba a otros a arrastrar la pesca. Me miró y sonrió.

—Somos pescadores de múrices —dijo, con un tono de orgullo en su voz.

Su rostro oscuro me recordaba a las noches cerradas en las que las estrellas descansan.

—¿Qué son los múrices?

—Son los caracoles de los que sale la Púrpura.

—¿La Púrpura? —Los miré, asombrada.

—¿No conoces ese color? Es el color de los Sufetes y de los Senadores. De nuestros jefes militares. Es el color de la grandeza de Cartago. La marca de nuestros héroes —dijo.

El brillo de sus ojos mostraba su satisfacción, como quien se sabe partícipe de algo grandioso. A su lado, un hombre maduro de rostro enjuto y gesto amable nos observaba. Estaba escuchando con detenimiento lo que decía el chico. Al final, se decidió a decir algo.

—Hijo, no son más que caracoles.

Sus ojos se posaban en los del chico con un cariño inmenso. Tenía la mirada de quien contiene decenas de mundos en su interior. De quien trata de proteger por encima de todas las cosas, por encima de un mundo terrible, aquello que ama.

—No son como el resto de los caracoles. El perro de Melqart los descubrió cuando fue a darles un bocado y su boca se tiñó de violeta rojizo. Un color que nadie antes había visto en la naturaleza. Melqart es el héroe más grandioso que existe. Los griegos lo llaman Heracles —dijo el chico.

—Mi padre se llama Abdel-Melqart como homenaje a él —le comenté, encantada.

—Yo me llamo Baldo. ¿Cómo te llamas tú?

—Tanite.

—Como nuestra diosa Tanit, la mujer del poderoso Baal. Me habría gustado que mi padre me hubiese llamado Barekbaal, el nombre del más grande de todos los dioses, el protector de Cartago.

—Hijo, tu nombre es muy bonito —dijo su padre.

Daba la impresión de que quería añadir alguna cosa más, pero permaneció callado. A lo mejor tenía demasiado que decir, y por eso optaba por el silencio. Baldo siguió hablando.

—¿Y qué haces en la playa, tú sola, Tanite?

Los restos de la luz del día dibujaban sombras en su rostro.

—Me gusta venir a recoger tapas de caracolas. Me gusta su forma. Son como pequeñas orejitas. Y sobre todo me gusta mirar el mar.

—Podrías acercarte algún día a vernos trabajar —dijo Baldo, con el rostro iluminado, como el faro que nos contemplaba.

—Me gustaría mucho. Quiero saber cómo pescáis los múrices.

El chico agarró una de las cestas que empleaban para la pesca, y empezó a contarme.

—Los pescamos porque son unos glotones —dijo.

Baldo me contó que los múrices ansiaban comer las almejas y mejillones que ellos colocaban como cebos en sus nasas. Usaban pesos y boyas para que permaneciesen ancladas en los sitios donde abundaban estos caracoles, y esperaban a que se acercasen a devorar los cebos. Solían colocar los mejillones casi moribundos en las nasas, pero al entrar en contacto con el agua, revivían, abriéndose. Los múrices, con su avaricia, trataban de devorarlos. Lanzaban sus lenguas extendidas. «Las lenguas de los múrices son muy largas, como el brazo de un gigante», me contaba Baldo. Los mejillones y las almejas, al sentir el pinchazo de los múrices, cerraban sus valvas, y ellos se veían atrapados por la lengua. Prisioneros en las nasas.

Baldo narraba todo esto con un tono dramático, como si buscase transmitirme toda la fascinación que le producían los caracoles.

—Hay que ser muy valiente para pescar los múrices —exclamó, orgulloso.

Me explicó que debían hacerlo antes de la primavera, porque en primavera se reproducían y, entonces, el líquido que había que extraer de ellos, el que hace posible la púrpura, perdía calidad. Tampoco era posible pescarlos en verano, porque entonces se ocultaban en las rocas y en el fondo del mar, y desaparecían. Resultaba muy difícil encontrarlos.

—Pero el tiempo durante el otoño y el invierno es muy malo. ¿No tenéis miedo a las tormentas y a la lluvia?

—Yo no tengo miedo a nada —me aseguró, con un tono que habría resultado arrogante si no fuese por la bondad que transmitía.

El chico me hablaba de la predilección de los múrices por las aguas templadas y en calma. La pesca era tranquila esos días. Pero de vez en cuando el mar se enrabietaba y entonces debían tener mucho cuidado. También resultaba aventurado pescarlos en las rocas. A veces había viento fuerte, y las olas les golpeaban con la rabia de un dios ofendido.

El relato que hacía Baldo de la pesca de múrices me producía envidia. Ese chico no parecía vivir en un mundo de preceptos y normas. Dictaba sus propias reglas. O eso pensaba yo. Me habría gustado ser él. Meterme en su barca, ayudarle a desplegar las redes, contemplar con asombro cómo la glotonería de los múrices les arrastraba a una trampa perfecta. Me habría gustado navegar con ellos.

A partir de ese día, fui a visitar con frecuencia a Baldo y a su padre a la playa. Aprovechaba los momentos en que acompañaba a las mujeres a recoger agua de las fuentes públicas, y me escapaba para recoger tapas de caracolas junto al mar y hablar con ellos.

—Tanite, tu bolsa está llena. Hoy ha sido un buen día, ¿verdad? —Baldo me sonreía, satisfecho—. Has conseguido recoger muchas puertas.

Mi amigo pensaba que las tapitas que yo recogía eran las puertas de entrada a los múrices. La que les protegía del exterior. Me decía que los múrices renunciaban a defenderse con ellas, así eran de soberbios. «Una casa no se puede resguardar del exterior sin una puerta. Sin puerta, entran los ladrones», aseguraba. Y sonreía, travieso. Yo llevaba en mi bolsa de cuero decenas de puertecitas. Me preguntaba si aún estaba a tiempo de devolverlas al mar, para que ellas pudiesen de alguna manera encajarse

de nuevo en las aberturas de las caracolas, para permitirles descansar. Lo iban a necesitar. Baldo y su padre, como tantos otros, se esforzaban por capturarlos. Les vendrían bien unas horas de reposo, porque tendrían que luchar por su vida.

Creo que a mis nuevos amigos les extrañaba que yo me escapase con tanta frecuencia a visitarles. No se atrevían a hacerme muchas preguntas, pero de alguna manera comprendían que mi familia no aprobaba este tipo de conductas. Algo debían de haber oído sobre la hija de Abdel-Melqart, esa chica con la cabeza llena de pájaros que prefería la compañía de pescadores y caracoles a la de las personas influyentes de la ciudad. La colina de Birsa, el orgullo de Cartago, la cuna de los privilegiados, murmuraba.

Yo les hablaba de vida en la zona alta en la que residía la aristocracia, y donde estaban los templos principales, el foro, o el ágora. Birsa era el centro comercial y político de Cartago, la pulsión de la que surgía el afán de conquista de nuestro pueblo. Esa vida se me antojaba mucho peor que la de estos pescadores que arriesgaban sus vidas a diario para subsistir. Nunca se me ocurrió preguntarles si ellos anhelaban aquello que yo no podía soportar. Para mí, el barrio de Malqua, con sus mástiles y velas, con sus azoteas repletas de hornos de arcilla para cocer la salmuera, representaba el sueño del mar.

Un día, me acerqué a buscar a los pescadores. Estaba deseando verlos. En cuanto llegué, me di cuenta de que algo no andaba bien. Había muchas caras tristes entre aquellos que conocía. Y no lograba ver a Baldo y a su padre por ninguna parte. Me acerqué a uno de ellos. El hombre se resistía a mirarme.

—Baldo murió mientras pescaba múrices en las rocas.

Oí esas palabras como quien asiste a un espectáculo que le es ajeno. Como si nunca se hubiesen pronunciado. No podía creerlo.

—Fue una ola… Lo golpeó. Fue muy fuerte, no pudimos hacer nada para salvarlo.

Pude ver la entereza y la resignación en los rostros de todos. Continuaban con sus faenas, pese a lo sucedido. Muy afectados, pero firmes como las rocas a las que se subió Baldo. Traían con ellos unas redes repletas de múrices. El orgullo de mi amigo. Parecía una broma del destino.

—Su padre ha depositado los útiles de pesca en el templo de Barekbaal…

No sé si la muerte se siente como un golpe seco, un incendio o un suspiro. Desconozco si la ola que golpeó a Baldo lo pilló por sorpresa y lo condujo al Inframundo, el reino de Melqart, para que por fin descansase junto al héroe que tanto admiraba. Visto ahora, con la perspectiva del tiempo, puedo encontrar la paz con lo sucedido aquel día. Pero, para una niña de pocos años, aquello fue un mazazo terrible. Había perdido el nexo con un mundo que admiraba y entendía. Fue la primera vez que maldije a los dioses. Me habían devuelto a mi sitio. Y habían sacado a Baldo del suyo.